

+++

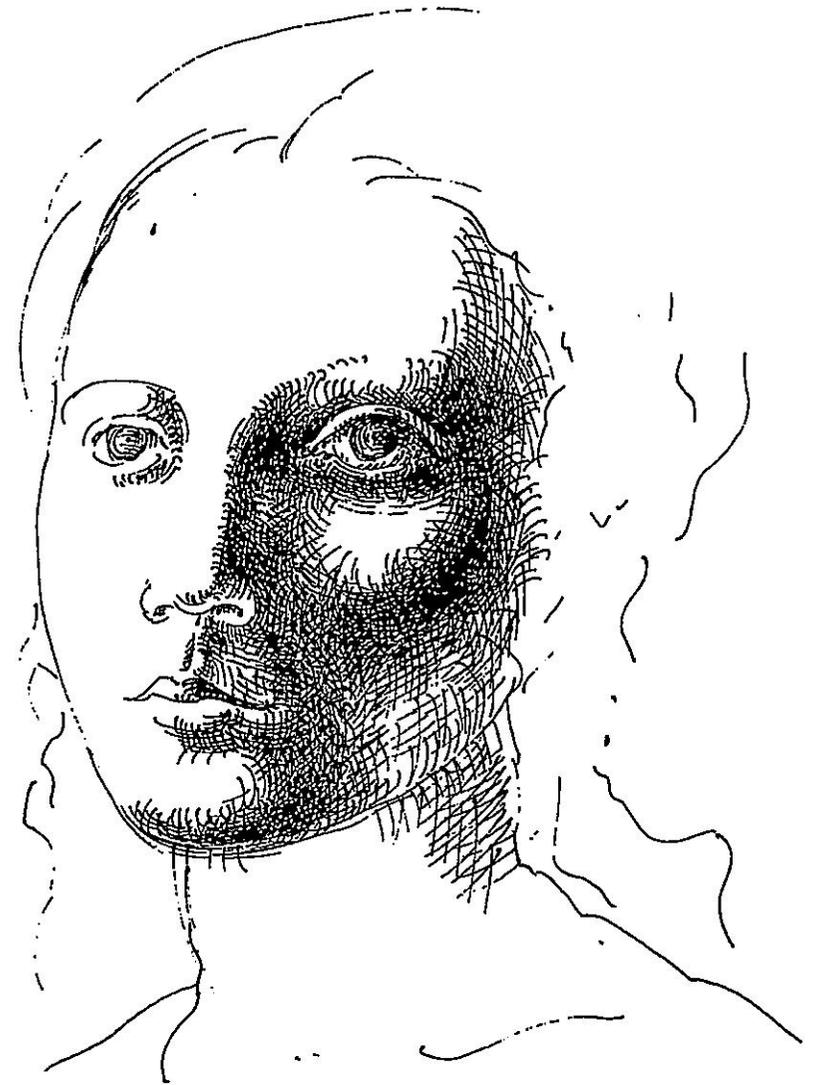
¡Maravilla del ermitaño!
Yacente silencio sin puerta.
Sin la puerta para el verano
Perpetuo, i-re-tu-tu!, abierta,
Ráutico en empuje y amara
Ligo, lentamente, no empuño
La mañana recién despierta
Con la cortesía de antaño.
¡Yacente silencio sin puerta!
Maravilla del ermitaño.

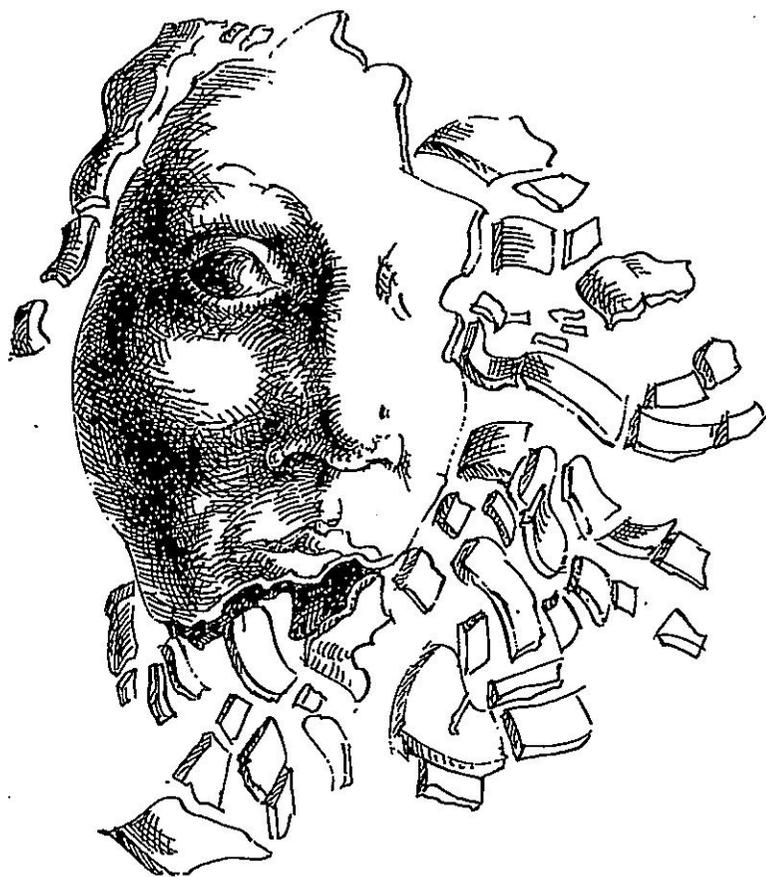
Jorge Juanes

Valladolid, 11 - Noviembre - 1927

DIBUJOS
ZAMORANO







HABLANDO CON DON JORGE ALFONSO CANALES

Como compartimos la devoción a la puntualidad, procuro llegar a las seis en punto. Don Jorge opina que el tiempo de la espera es un tiempo irremisiblemente perdido:

—No se puede hacer nada, si amenaza la interrupción.

Entre la puerta de la calle, que abre Irene, y el cuarto de estar, hay otra puerta que no suele estar cerrada. Por eso, nada más entrar, veo su sonrisa y sus brazos abiertos en señal de acogida. Antes se sentaba a contraluz y a contramar, de manera que, a un lado y a otro de su figura, anclaban los barcos petroleros bajo la raya del horizonte. Después, Irene cambió la distribución del mobiliario y, ahora, don Jorge ostenta la luz y el mar a su derecha.

—Son las seis en mi reloj... y en el suyo —me dice, como agradeciendo que comparta su devoción a lo exacto.

Le doy la mano y recibo las de él, siempre efusivas. Casi nunca se contenta con entregar la mano diestra: la otra reafirma el saludo.

—Siéntese aquí —dice Irene—. ¿Tomará lo de siempre?

Lo de siempre es té frío (si es verano) o agua tónica o zumo de manzana. Bernabé Fernández-Canivell, cuando coincide conmigo en la visita, suele tomar ginebra aguada. Yo prefiero guardar la precaución británica de no beber alcohol antes de que el sol se ponga. Hace un par de años, cuando